

VI. DUELO

22 de enero.

Retroceso.

Hace dos días que se nota cierto retroceso en la salud de Don Bosco. A eso de las 10 de la mañana le han visitado el Rvmo. Sr. Arzobispo de Colonia y el Ilmo. Señor Obispo de Tréveris con su séquito respectivo. Apenas ha podido hablarles, y recogiendo todas sus fuerzas, recomendarles atiendan á sus pobres hijos del Instituto Salesiano y pedirles (pues van á Roma) le alcancen una bendición del Padre Santo.

23 de enero.

El secretario.

Estando Don Rua á la cabecera de la cama, D. Bosco dice al sacerdote que constantemente le asiste en su enfermedad: — *Cuida á Don Rua; préstale las mismas atenciones que á mí.*

24 enero.

El Arzobispo de París.

Hoy á las 11 ha recibido visita del Ilmo. y Rvmo. Sr. Richard, Arzobispo de París. Don Bosco le pide la bendición. El ilustre prelado le

complace y luego de rodillas, ruega á Don Bosco le conceda la suya: — *Sí, le responde Don Bosco: bendigo á V. S. I. y bendigo á París.*

— *Y yo, exclamó el Rvmo. Sr. Arzobispo, anunciaré á París que le llevo la bendición de Don Bosco.*

Hoy se ha sentido mal, muy mal. Los médicos opinan que la gravedad no es menor que en un principio, esto es como ahora un mes.

Ha mandado llamar á un niño de la Casa, y por medio de su secretario le pide que, en el tiempo libre, ruegue á Jesús y María, que tenga viva fe en estos sus últimos momentos y espere tranquilo la hora postrera. El niño ha venido y Don Bosco conmovido le repite lo anterior y le da la bendición.

En la tarde está un tanto aliviado y dice á Don Lemoyne, *que esto se debe á la oración de aquel buen niño.*

25 de enero.

Delirio.

La enfermedad se ha agravado, Don Bosco suplica que le sugieran algunas devotas jaculatorias. Habla con suma dificultad. A Don Antonio Sala que le presenta una bebida le dice: — *Dadme un poco de tranquilidad:* — Parecía como que iba á dormir, mas de improviso se mueve violentamente, palmoatea y grita: — *¡Acudid, acudid presto á*

salvar aquellos niños!..... ¡María Santísima ayudadlos..... Madre, Madre!

El referido sacerdote Sr. Sala fué á él, al punto, para saber qué deseaba.

— *¿Dónde estamos en este momento?* le pregunta Don Bosco.

— *En el Oratorio de Turín.*

— *¿Y qué hacen los alumnos?*

— *Están en la iglesia, donde se da la bendición y ruegan por Ud.*

26 de enero.

Salvad muchas almas.

El Ilmo. Sr. Cagliero está de vuelta. Recién llegado viene á Don Bosco, cuyo mal sigue en aumento. Apenas puede decirle estas palabras: — *Salvad muchas almas en las Misiones.*

27 de enero.

Los Salesianos y María Auxiliadora.

Interrogado por el Ilmo. Sr. Cagliero sobre un proyecto de viaje á Roma, que sólo hará en caso de que Don Bosco se lo aconseje: — *Irás después,* le ha dicho fatigosamente.

— *¿Cree Don Bosco que yendo después del día de San Francisco podrá hacerlo tranquilamente y llegar á Sicilia?...*

— *Sí, irás, y harás muy bien, pero después.*

Se comprende cuál era aquel *después* á que se refería.

Luego agrégale: — *Tu venida es muy oportuna y provechosa á la congregación.*

Exhortado en sus dolores á recordar que Jesús en la cruz sufría sin poder moverse á uno ni á otro lado, responde: — *Sí, pienso en ello constantemente.*

Más tarde hablando de la Sociedad Salesiana al Ilmo. Sr. Cagliero, le dice:

— *La Congregación nada debe temer; tiene hombres formados.*

En seguida quedando Don Antonio Sala á su lado en momentos que parecía respirar más fácilmente, le dice:

— *Don Bosco, ¿es verdad que se siente muy mal?*

— *¡Ah, sí! pero todo pasa y también pasará esto.*

— *¿Podré yo hacer algo para aliviarle siquiera un poco?*

— *Ora.*

Y ambos se ponen á orar.

Pasado un rato de reposo, le ha dicho el referido sacerdote:

— *Don Bosco estará contento al pensar, que después de una vida de tantos trabajos y fatigas, ha conseguido fundar casas en casi todo el mundo y establecer la Congregación Salesiana.*

— *Sí; lo que he hecho lo he hecho por el Señor, y ojalá hubiera podido hacer más... pero lo harán mis hijos.*

Y, después de un breve aliento, añade:

— *Nuestra Congregación es conducida por Dios y protegida por María Auxiliadora.*

A las 8 de la noche, apenas podía darse á entender ó dar señal de escuchar. Al rededor de su lecho háblase de la inscripción que debiera ponerse sobre la tumba de su excelente amigo y generosísimo cooperador el Conde de Colle, muerto el 1.º de enero. El Sr. Don Miguel Rua opinaba se grabara esta sentencia: *Orphano tu eris adjutor;* el Ilmo. Sr. Cagliero proponía esta otra: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.* Don Bosco, á quien suponían muy ajeno á todo esto, de repente alza los ojos, y con voz bastantemente inteligible les dice: *Esculpiréis: Pater meus et mater mea dereliquerunt me, Dominus autem assumpsit me.*

28 de enero.

Se aproxima la hora.

Don Bosco sigue empeorando. No obstante continúa, á duras penas, oyendo la santa Misa y recibiendo la Sagrada Comunión. Hoy, como de costumbre, durante el Santo Sacrificio, asistíale el Sr. Don José Lazzero. A intervalos advertíase en él cierto estado soporoso y en seguida muy dificultosa respiración. Al *Agnus Dei*, pregúntale el referido Sr. Lazzero:

—¿Don Bosco, camulga Ud. hoy?

Don Bosco dice para sí:

—*Se acerca el fin...* y luego, volviéndose al señor Lazzero, le hace una señal con la cabeza, y en voz alta le dice:—*Espero recibir la santa Comunión.*

En seguida se quita el bonete y junta las manos. Cuantas veces toma esta actitud, su aspecto es de tan profundo recogimiento que no es posible verle sin sentirse conmovido y avivarse en la fe. Con frecuencia parece como que delira. A menudo se le ha oído repetir: *¡Estoy á oscuras! ¡Valor! ¡Adelante!... ¡Siempre adelante!* Y á veces pronuncia algún nombre propio. Esta mañana, no menos de veinte veces ha repetido. *¡Madre! ¡Madre!* y después, horas enteras con las manos juntas: *¡Oh María! ¡Oh María! ¡Oh María!* Al recibir con suma alegría, de manos del Pbro. salesiano señor Berto, un nuevo escapulario de la Virgen del Carmen, le dijo: No olvides de pedir á Dios por mí. Don Sala dióle en seguida un crucifijo bendito por el Sumo Pontífice, con indulgencia plenaria para la hora de la muerte, y el cual no cesó de besar hasta el último momento.

A cuantos se acercan hoy á su lecho les dice:—*Hasta vernos en el Paraíso. Mandad hacer oraciones para mí y que mis hijos ofrezcan la santa Comunión...*

Al Sr. Don Juan Bonetti le dice:—*Dí á mis hijos que los espero á todos en el Paraíso.* Y luego:—*Cuando converses ó prediques insiste en recomendar la comunión frecuente y la devoción á María Santísima.*

A menudo toma el crucifijo y lo besa. Mirando una imagen de María Auxiliadora que le acerca Don Bonetti, exclama:—*Siempre he tenido toda mi confianza en María Auxiliadora.*

Los médicos no dan la menor esperanza. El Dr. Fissore le ha dicho:

—*Don Bosco, ¡valor! mañana quizás estará Ud. mejor... Así ha ocurrido otras veces... Hoy influye el mal tiempo...*

Don Bosco que, hasta entonces había estado inmóvil, sonriendo y haciendo un signo con el índice, le ha contestado afablemente:

—*Doctor, ¿quiere Ud. resucitar á los muertos!... ¿Mañana? Mañana haré un viaje más largo.*

Consultados los médicos se ha sentido muy posturado. Sufre más que de costumbre. *Ayudadme, ayudadme*, ha dicho á los Sres. Lazzero y Viglietti que estaban á su lado,

—*Sí, Don Bosco, con sumo gusto; ¿en qué cosa desea que le ayudemos?*

Y entonces en chanza les responde:

—*Ayudadme á respirar.*

29 de enero.

Última Comunión.—*Fiat.*

Hoy es la fiesta de San Francisco de Sales. Alegría exterior; se echan las campanas á vuelo..., canto, música, Misa pontifical... y ahogados en dolor todos los corazones.

En la mañana, como Don Bosco parecía haber perdido el sentido, algunos opinaron que no se le diese la Comunión; más el secretario Sr. Viglietti insistió en que se le administrara, confiando en que el Señor, en tal momento, le haría recobrar el conocimiento, y luego celebró. D. Sala asistía al enfermo y había dejado abierta la puerta de comunicación con el oratorio. Pasada la elevación, Don Bosco vuélvese á Don Sala y le dice:—*¿Y si me sorprendiese algún vómito después de la Comunión?*

Don Antonio Sala le asegura no haber peligro. Al traerle la Hostia santa estaba con sopor. El secretario en alta voz dice: *Corpus Domini nostri Jesu Christi...* A estas palabras se incorpora, abre los ojos, los fija en la Hostia y, juntando las manos, recibe la sagrada Comunión. Da gracias con profundo reconocimiento, repitiendo las palabras que Don Antonio Sala le sugiere.—*Fué esta su última Comunión.*—Después parece no darse cuenta de cosa alguna en la tierra. Había previsto esto hace un mes. Cuando en el segundo día de caer enfermo en cama el Sr. D. Miguel Rua le pidió cierta dispensa, y le dijo:—*Te la concedo hasta el día de San Francisco de Sales. Si después la necesitas, pide á... que te la renueve.*

Con todo, la extenuación excesiva quizá no le ha privado por completo del conocimiento. A eso de las 10 de la mañana preguntó á Don Durando la hora y qué fiesta se celebraba en la iglesia. Como se le recordara que era la de San Francisco de Sales, manifestó especial contento; entonces llega-

ron los médicos; habló pocas palabras y luego que se retiraron vinole sopor; momentos después pregunta á Don Durando:

—¿Qué señores acaban de salir?

—¿No los ha conocido? Eran los Doctores Albertotti, Fissore y Vignolo.

—¡Oh sí! Ruégales que hoy se queden aquí con nosotros... quería decir á comer; pero no pudo.

Deseaba significarles su gratitud. Y ya que de gratitud hablamos, importa advertir que con gran frecuencia nombraba á los bienhechores de sus Casas, con ternura tal que á todos conmovía. Habiendo sabido que el hijo de uno de estos beneméritos señores había caído enfermo de gravedad:—Bien, dijo al padre, es mi intención que todas las oraciones que se hacen ahora por mí se enderecen á obtener la salud de su hijo.—Y el 15 de enero cumpleaños de dicho joven, á pesar de haber pasado tanto tiempo sin ver el calendario, dijo de improviso:—Mañana es San Marcelo: Mandad á Marcelo un canastillo de la uva que nos han regalado.

Esta tarde ha reconocido y dado la bendición al Conde Incisa patrón de la fiesta de San Francisco de Sales y al Ilmo. Sr. Obispo de Susa, panegirista del Santo.

Durante el día dijo á su secretario:—Cuando ya no pueda yo hablar y alguno venga á pedirme la bendición, haz con mi mano la señal de la cruz y pronuncia la fórmula, que yo pondré la intención.

Está en un estado de sopor casi continuo. Nada entiende, salvo si se le habla del Paraíso ó de algo

para su alma. Así cuando Don Juan Bonetti le ha dicho:—*María Mater gratiæ, tu nos ab hoste protege...* Don Bosco ha continuado: *Et mortis hora suscipe.* Durante el día ha repetido muchas veces: ¡Madre! ¡Madre!... ¡Mañana! ¡Mañana! Y á eso de las seis en voz baja: ¡Jesús! ¡Jesús!... ¡María! ¡María!... Jesús y María os doy el corazón y el alma mía... *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* ¡Oh Madre!... ¡Madre!... ¡ábreme las puertas del Paraíso!

Con las manos juntas repite muchos textos de la Sagrada Escritura, recordados con frecuencia durante su vida: *Diligite... diligite inimicos vestros... Benefacite his qui vos persequuntur... Querite regnum Dei... Et a peccato meo munda me.*

Tocan el Angelus al anoecer. Don Bonetti le dice:—¡Viva María! ¡Viva María! Él devotamente repite:—¡Viva María! Entrada la noche, vuélvese al antiguo coadjutor Sr. Enría, que hace cerca de dos meses apenas se aparta de su lado, y le dice palabras inarticuladas:—Oye... pero... pero... te saludo.

Ha recitado el acto de contrición y luego *Miserere nostri, Domine.*—Durante una larga hora, levantando de cuando en cuando las manos, ha repetido:—*Hágase vuestra santa voluntad!*—Se le paraliza el lado derecho; continúa levantando la mano izquierda y diciendo:—*Hágase vuestra santa voluntad!*—Ya no habla. Durante la noche entera prosigue, de tiempo en tiempo, levantando la mano izquierda, como para indicar la ofrenda que hace á Dios de su vida.

30 de enero.

Adiós de los hijos.

Don Bosco no habla. Parece haber perdido el sentido. Su respiración afanosa es semejante á un gemido. A las 10 de la mañana el Ilmo. Sr. Cagliero, rodeado de los Superiores, reza las letanías de los agonizantes y le da la bendición del Carmen. Sucesivamente cada uno sugiere una jaculatoria al amado Padre. El Sr. D. Joaquín Berto, su secretario más antiguo, y pues como tal le sirvió largos años como de brazo vigoroso en las más críticas circunstancias, reclama su parte en tan piadoso acto.—Ha tenido ayer el consuelo de oír repetidas veces de labios de Don Bosco estas palabras:—*Tú serás siempre mi querido Don Berto.*—Don Antonio Sala ha colocado sobre la espalda de Don Bosco una camisa, cuidadosamente guardada, de Pío IX. ¡Ah! ¡cuánto se amaron!

Los doctores aseguran que Don Bosco no alcanzará á ver el sol de mañana.

Esta noticia se difunde en el Oratorio y parte los corazones. Todos desean ver siquiera una vez más á su amado Padre, y Don Rua permite que vengan á besarle la mano. En pequeños grupos, llegan silenciosamente al oratorio privado, y luego, tristes, desfilan por la alcoba del idolatrado agonizante. Don Bosco, tendido en el lecho y apoyada la espalda en almohadas, tiene levantada la

cabeza. Su semblante es sereno, sus ojos están cerrados y sus manos sobre la cubierta de la cama. Tiene al pecho un crucifijo. A los pies de la cama se ve una estola morada, que sirve á menudo para darle las bendiciones de la Iglesia.

Doloridos llegan los hijos á estampar un beso en la mano, siempre solícita para socorrer y bendecir. Niños escolares y artesanos, obreros adultos, acólitos y sacerdotes, pasan á centenares junto á la cama de Don Bosco y la dejan regada en lágrimas. ¡Tierno espectáculo, no interrumpido en el día entero! Todos quieren tocar una medalla, un rosario, ó una imagen, á las manos del moribundo...

Llega un telegrama que anuncia el feliz arribo de los misioneros salesianos al Ecuador. Dice así: *Bosco, Turín (Italia). Llegamos bien. Calcagno. Presidente.* Don Bosco, al dársele la noticia por Don Rua, abrió los ojos y miró al cielo.

A las tres y cuarto, llegados al lecho Don José Buzzetti y el secretario, Don Bosco miró dos veces detenida y cariñosamente á éste y, levantando la mano izquierda que aun podía mover, se la puso en la cabeza. El Sr. Buzzetti no pudo contener las lágrimas.—*Son los últimos adioses*, exclamó. *Es la mirada más expresiva que haya advertido en él en estos días. Su secretario debía ser singularmente privilegiado. Es su postrer caricia y su última bendición.* Don Bosco quedó de nuevo inmóvil. El secretario prosiguió repitiéndole algunas jaculatorias. Igual cosa hacen sucesivamente el Ilmo. señor. Cagliero y otros sacerdotes salesianos. Las

más frecuentes son: *Jesus spes mea, miserere mei. Maria, Auxilium Christianorum, ora pro nobis.*

Cerca de las cuatro de la tarde entra el Conde Próspero Balbo, gran bienhechor del Oratorio. A las ocho el Rvdo. Sr. Giacomelli, revestido de estola, recita algunas preces del ritual. En la noche, aunque no parece estar tan cercano el fin de Don Bosco, Don Rua y otros Superiores quedan á su lado.

31 de enero de 1888.

Huérfanos.

A las dos menos cuarto entra Don Bosco en agonía. Pónese Don Rua la estola y comienza de nuevo las interrumpidas oraciones de los agonizantes. Se llama á prisa á los demás Superiores y el aposento se llena inmediatamente de unos treinta, entre sacerdotes y acólitos. Todos se arrodillan. Llega el Ilmo. Sr. Cagliero, el cual, cedida por Don Rua la estola, pasa á la derecha de Don Bosco. Luego, acercándose á la cabecera del amado Padre:—*Don Bosco, le dice con voz sofocada por el dolor, estamos aquí nosotros, sus hijos. Le pedimos perdón de todos los disgustos que por causa nuestra ha tenido que sufrir, en prueba de perdón y paternal benevolencia dígnese darnos una vez más su bendición. Yo le ayudaré y pronunciaré la fórmula.*—¡Escena conmovedora y en extremo dolorosa! Todos los circunstantes inclinábanse reve-

rentemente, y Don Rua haciéndose no poca violencia en medio de tan profundo dolor, levanta la mano derecha, ya paralizada, de Don Bosco, é invoca la protección de María Auxiliadora sobre los Salesianos presentes como también sobre los ausentes esparcidos por toda la haz de la tierra.

A las tres de la mañana llegaba de Roma el siguiente telegrama:—*Santo Padre otorga con todo corazón bendición apostólica á Don Bosco gravemente enfermo.*—*Cardenal Rampolla.*

El Ilmo. Sr. Cagliero había leído ya el *Proficiscere*. A las cuatro y media la campana de la Iglesia de María Auxiliadora tañía el *Ave María*, y todos los que estaban en el aposento, rezaron el *Angelus*. Don Bonetti susurró al oído de Don Bosco la jaculatoria que unos días antes había repetido:—*¡Viva María!*—La respiración fatigosa cesó, sucediendo por breves instantes otra algo más libre y tranquila.—*¡Don Bosco muere!*—exclamó Don Belmonte. Los que, por estar cansados, se habían sentado para reposar un poco, se aproximaron al lecho... tres respiraciones en breves intervalos se le notaron aún... ¡Don Bosco realmente moría! El Ilmo. Sr. Cagliero, con la estola al cuello, pronunciaba las siguientes jaculatorias:—*Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía. Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía. Jesús, José y María, expire en vuestros brazos en paz el alma mía.*

Don Rua y los demás Superiores, directores y sacerdotes formando como una corona, agoniza-

ban también de dolor, juntamente con el Padre, que nos dejaba en la tierra para volvernos á ver en el cielo. ¡Don Bosco había muerto!... El ilustrísimo Sr. Cagliero entonaba entre gemidos el *Subvenite sancti Dei, occurrere angeli Domini... suscipientes animam eius... Suscipiat te Christus qui vocavit te...* y bendiciendo el sagrado cadáver rogaba á Dios por el eterno reposo del Santo. La estola que tenía Su Señoría Ilustrísima fué puesta al cuello del venerable finado y en sus manos colocaron el crucifijo que había besado tantas veces. Eran las 4 y 45. Contaba 72 años y cinco meses y medio de edad.

Todos se arrodillaron para rezar el *De profundis*, alternado de suspiros y llantos.

Rezado el *De profundis*, Don Rua, entre sollozos, dice á sus hermanos: *Somos dos veces huérfanos. Pero consolémonos. Si hemos perdido un padre en la tierra, hemos ganado un protector en el cielo. Mostrémonos dignos de él siguiendo su santo ejemplo.*

Los restos mortales de D. Bosco.

Desde las 10 de la mañana el aposento de Don Bosco está lleno completamente de Salesianos que oran anegados en lágrimas. Los niños durante la Misa de comunión, rezan el Santo rosario; á las diez se canta solemnemente la Misa fúnebre y todas las Misas privadas se celebran en sufragio del

alma de Don Bosco. Por la tarde se canta el oficio de difuntos en la iglesia de María Auxiliadora.

A las diez de la mañana el Sr. Don Antonio Sala y el enfermero, dirigidos y ayudados por los médicos Sres. Albertotti y Bonelli, que hasta el último instante han querido mostrar su vivísimo amor al difunto amigo, han lavado, vestido el cadáver y sentádole sobre un sillón. El fotógrafo Sr. Deasti y el pintor Sr. Rollini lo han retratado. Los Superiores no han permitido que se saque el bajo relieve, por respeto al amado Padre, pues para ello sería menester enyesarle la cara. Tampoco han querido embalsamarlo. Uno de los mismos médicos había dicho:—*Hace ya muchos años que conozco á Don Bosco; tengo tanto respeto á su cuerpo que no me atrevería á embalsamarlo.*—A las dos de la tarde, difundida por toda Turín la dolorosa noticia de este fallecimiento, ha producido general y profunda impresión. Muchas tiendas han cerrado sus puertas y en ellas han colocado el siguiente letrero:—*Cerrado por la muerte de Don Bosco.*—Infinidad de personas, llenas de dolor y tristeza, acuden á la portería y piden permiso para entrar y ver los restos de Don Bosco. A causa de la estrechez del lugar en que están expuestos, no se concede esto sino á las más conocidas.

El cadáver, revestido con los ornamentos sacerdotales, esto es, alba, estola y casulla moradas, el crucifijo en las manos y la cabeza cubierta con el bonete, está sentado en un sillón, colocado en un corredor detrás de la capilla privada, donde en